

## NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS\*

*AISEN. PANORAMA HISTÓRICO Y CULTURAL XI REGIÓN. Por Hernán Ortega Parada y Annabella Brüning Lalut. Lom Ediciones Ltda. 18 x 26 cms. 270 págs. Ilustraciones. Santiago 2004.*

Obra que informa sobre el acontecer aysenino desde la prehistoria hasta nuestros días en aspectos tales como el conocimiento progresivo del territorio desde el siglo XVI al XX, el poblamiento originario, la colonización, la organización político-administrativa, la economía, la cultura y los recursos naturales y económicos. Incluye una completa referencia bibliográfica temática sobre la Región de Aysén (y sobre la Patagonia en general), de gran utilidad para estudiosos y personas interesadas en la zona austral de Chile.

*GEOGRAFÍA E HISTORIA DE AYSEN. Por Enrique Martínez Saavedra. Secretaría Regional Ministerial de Educación XI Región de Aysén. Lom Ediciones Ltda. 18 x 26,5 cms. 156 págs. Ilustraciones y cuadros. Santiago 2005.*

Libro preparado para ser utilizado como texto básico en los liceos, con contenidos referidos a las disciplinas histórica y geográfica correspondientes a la Región de Aysén, en particular para los cursos de primer y segundo año medios. Cada tema del variado contenido está adecuadamente presentado, incluyendo información estadística actualizada, cuando procede, y con información bibliográfica de apoyo bien seleccionada.

*ACTAS II SEMINARIO UN ENCUENTRO CON NUESTRA HISTORIA. Sociedad de Historia y Geografía de Aisén. Lom Editores Ltda. 21,5 x 27 cms. 151 págs. Ilustraciones. Coyhaique 2006.*

Este volumen recoge las ponencias presentadas en el II Seminario "Un Encuentro con Nuestra Historia" realizado en Coyhaique durante 2006 y bajo el patrocinio de la Sociedad de Historia y Geografía de Aisén. De ellas cabe mencionar "La morenidad en que andamos", por José Mansilla Contreras; "¿Desde cuándo existe Cochrane". Antecedentes de la formación del pueblo", por Félix Elías Pérez; "Un testimonio de la vida pionera de antaño: la casa Richards, en Ñirehuao (1907)", por Mateo Martinic B.; "La minería en torno al lago General Carrera. La Mina Silva", por Danka Ivanoff Wellmann; "Una aproximación a la tradición textil de la XI Región de Aysén", por Ricardo Osorio Pefaur; "La ranchera aysenina, una danza tradicional de cuatro siglos", por Ricardo Ortiz Barría; "Verdad y ficción en la historia de Coyhaique. La instauración arbitraria de su fecha de fundación, respaldada por un acta que remite a acontecimientos que nunca ocurrieron", por Leonel Galindo Oyarzo; y "Propuesta de periodificación para una cronología de la historia de Aysén", por Enrique Martínez Saavedra, entre otros varios trabajos de interés.

\* Sección destinada a informar y comentar únicamente sobre libros relacionados con la Patagonia, la Tierra del Fuego y regiones adyacentes.

*LA IGLESIA DE AYSÉN, PUENTE ENTRE FE Y CULTURA.* Por Vladimiro Memo Lombardo. Ediciones Vicariato Apostólico de Aysén. 21 x 26,5 cms. 199 págs. Ilustraciones. Coyhaique 2005.

En los últimos años se han publicado diferentes libros referidos a la Región de Aysén y que de variado modo han aportado y aportan a su mejor conocimiento, tanto en lo referido a los aspectos históricos y geográficos, como a los sociales, económicos y culturales. Uno de estos trabajos, cuya aparición ha venido a llenar un vacío informativo, es el que trata acerca de la actividad religiosa católica desarrollada de manera regular desde 1934 hasta el presente. Este lapso de la historia moderna de Aysén se inició en la fecha señalada con la invitación hecha por el Obispo de Ancud a la Congregación de los Siervos de María, a fin de asumir las tareas de evangelización y atención religiosa de los habitantes de la todavía joven Provincia de Aysén, para complementar de esa manera los esfuerzos del Estado para impulsar su desenvolvimiento integral. La invitación fue acogida con interés y asumida con responsabilidad y abnegación no obstante las dificultades que de suyo suponía una empresa espiritual como la planteada, hasta conseguir una plena consolidación de la obra misional con el beneplácito de las autoridades y de la población, quienes han reconocido y reconocen en la Iglesia Católica de Aysén un factor de adelanto espiritual, social y cultural.

La historia correspondiente es abordada siguiendo los diferentes tiempos, a saber, el de la presencia inicial con la llegada de los primeros misioneros (1934-1940); el de la creación de la Prefectura Apostólica y su progresiva evolución (1941-1955), y finalmente, el correspondiente a la creación y vigencia del Vicariato Apostólico (1956 hasta el presente). Durante esas distintas etapas la obra misionera servita fue adquiriendo complejidad funcional abarcando desde la atención religiosa a la enseñanza y otras actividades de interés social, con el debido respaldo organizacional y la progresiva extensión a lo largo y ancho del vasto ámbito territorial. Sobre todo ello y más da cuenta esta bien lograda e interesante monografía, cuya publicación, se reitera, viene a satisfacer una necesidad que se hacía notar para la integralidad de la historia regional de Aysén.

Mateo Martinic B.

*FINIS TERRAE. VIAGGIATORI, ESPLORATORI E MISSIONARI ITALIANI NELLA TERRA DEL FUOCO.* Por Antonio Salerno y Antonio Tagliazzo, Editores. Ministero per i Beni e le Attività Culturali, Superintendenza al Museo Nazionale Preistorico Etnografico "Luigi Pigorini". 24 x 27 cms. 360 págs. Ilustraciones y mapas. Roma 2006.

Las tierras magallánicas (Región del Estrecho, Tierra del Fuego, Patagonia occidental), han concitado el interés de la ciencia mundial desde el tiempo mismo de su hallazgo, aunque con un énfasis particular a contar de mediados del siglo XVIII, época en que se iniciaron importantes viajes y estudios geográficos, naturalistas y etnográficos por cuenta de potencias tales como Gran Bretaña, Francia y España, que prosiguieron con nuevo énfasis a contar de la tercera década del siglo XIX.

Sin embargo de los mismos y de los consiguientes notables aportes para el adelanto del conocimiento científico, el Reino de Italia –una vez conseguida su unidad política hacia el término del segundo tercio de la centuria-, quiso sumar su propio esfuerzo en tal trascendente empresa. Tuvieron así ocurrencia sucesiva las campañas de estudio de los especialistas embarcados en la pirocorbeta *Magenta*, de la Real Armada Italiana, encabezados por el naturalista Enrico H. Giglioli, que tuvieron por escenario sectores de la Patagonia occidental y la Tierra del Fuego durante 1866-67; de aquellos embarcados en la corbeta *Cabo de Hornos*, de la Armada Argentina, quienes integraban la expedición organizada por la Sociedad Geográfica Italiana y bajo la dirección científica de Giacomo Bove, y que tuvo como ámbito principal de desarrollo los canales de la Tierra del Fuego y sus territorios litorales, en sus jurisdicciones chilena y argentina, durante 1882; y, finalmente la campaña cumplida por la oficialidad de la corbeta *Caracciolo*, de la Marina de Italia, durante el transcurso de ese mismo año, nuevamente en la zona de los canales de la Patagonia.

Como puede suponerse, estas empresas científicas tanto hicieron posible la realización de diferentes estudios, como permitieron reunir una gran cantidad de muestras geológicas, de flora y fauna, de material etnográfico y documentación fotográfica que devino ulteriormente parte del rico acervo del Museo Nacional "Luigi Pigorini" de

Roma. Precisamente para hacer conocer la significación científica, histórica y cultural de ese patrimonio, esa institución decidió hacer una exposición que fue nombrada “Finis Terrae”, que tuvo exitosa ocurrencia en fecha reciente (2005), seguida por la publicación de un libro de igual título, que da cuenta de los viajes científicos antes mencionados y de sus protagonistas principales, de los trabajos llevados a cabo por los diferentes especialistas y sus resultados, y de la variedad y riqueza del material obtenido durante su transcurso y posteriormente, y que es la obra que se comenta.

Se trata de una publicación de gran enjundia, profusamente ilustrada, suficiente como para informar acerca de lo que fueran aquellos estudios y sus ponderables resultados para la ciencia universal, de manera particular para la etnografía de los aborígenes del meridión de Chile. Su diseño gráfico, su formato, el papel utilizado, la calidad de las ilustraciones, en fin, dan al edición un valor adicional que hace del libro un volumen ciertamente excepcional por su rico contenido, y, va de suyo, por el gran provecho que brinda para el conocimiento del acervo museo gráfico referido a las tierras magallánicas que se conserva en el Museo Pigorini de Roma.

Mateo Martinic B.

*LOS FRIBURGUESES Y SU DESCENDIENTES EN PATAGONIA CHILENA. Por Roger Pasquier. Edición del autor. 14,5 x 22,5 cms. 148 págs., Ilustraciones. Punta Arenas 2007.*

El origen histórico de la sociedad magallánica actual se reparte entre dos vertientes aportantes, la nacional, conformada principalmente por gente originaria de la isla de Chiloé, y la europea, de carácter multiétnico, aunque con predominancia de contingentes croata, español, británico, italiano, alemán, francés y otros grupos minoritarios en idéntico orden. Este fenómeno particular, el migratorio europeo, tuvo inicio durante los años de 1870 y se prolongó en grado de importancia hasta 1930 aproximadamente.

Entre los grupos minoritarios se contó el procedente de Suiza y que tuvo dos características distintivas, como fueron, una, la de conformar el único contingente que lo hizo bajo contrato con el Gobierno de Chile, pues el resto de la inmigración tuvo el carácter de espontánea y libre, y dos, la

de haber estado conformada casi íntegramente por gente originaria del cantón de Friburgo.

La historia de este contingente singular en cuanto a origen, composición, objetivos y resultados había sido abordada años atrás entre otros por quien esto recibe (véase *Anales del Instituto de la Patagonia*, volumen VI, Punta Arenas, 1975), pero, es claro, no obstante la investigación y el interés puesto en ello, de cualquier modo quedaban vetas informativas por explorar. Tal fue la tarea emprendida por Roger Pasquier, el autor de la obra que se comenta. Natural de Friburgo, en el cantón helvético homónimo, y lejanamente emparentado con algunos de los inmigrantes que arribaron a Punta Arenas, sobre algunos de los cuales oyó comentar en su niñez, esa fue la circunstancia que despertó su interés por un mejor conocimiento sobre lo que había sido aquel emprendimiento particular. Para ello Pasquier recurrió a las fuentes disponibles en Suiza (registros comunales y cantonales, cartas familiares) y a la tradición de los descendientes. Pudo así elaborar una narración histórica de la inmigración friburguesa a Magallanes que se hizo efectiva con tres grupos, el menor de apenas siete individuos en 1874 y los otros dos en octubre de 1876 y mayo de 1877, este el más numeroso, con todavía un grupúsculo tardío. En el relato se da cuenta con veracidad y amenidad acerca del origen y motivación de la inmigración, la realidad ambiental y social con la que se encontraron los colonos contratados al arribar al lugar de destino; el tiempo difícil e incierto del asentamiento inicial; las alegrías y las penas, los fracasos, las deserciones y al fin la adaptación definitiva y los resultados satisfactorios después de muchos y laboriosos esfuerzos; para concluir con el transcurso de las vidas familiares a través de las generaciones descendientes de los colonos originales. Se destaca en la saga el protagonismo de Marie Pittet —suerte de matriarca de la inmigración—, con la que de algún modo, todos, unos más próximos, otros más lejanos, estaban emparentados, mujer admirable por su talante y sus diferentes acciones, que en su larga existencia resume todo el acontecer de los inmigrantes naturales de Friburgo afincados en el sur de América.

Es un libro de lectura fácil y entretenida, profusamente ilustrado, que hace justicia a la memoria del centenar y medio de colonos helvéticos que en

busca de una vida mejor dejaron sus valles y montañas alpinos, para radicarse, trabajar, prosperar a su modo y encontrar finalmente una nueva patria en la Patagonia chilena.

Mateo Martinic B.

*FUEGUINOS. FOTOGRAFÍAS SIGLOS XIX Y XX. IMÁGENES E IMAGINARIOS DEL FIN DEL MUNDO. Por Margarita Alvarado P., Carolina Odone c., Felipe Maturana D. y Danae Fiore, editores. Pehuen. 24 x 27 cms. 304 págs. Ilustraciones, mapa. Santiago de Chile 2007.*

La Tierra del Fuego –isla grande y su archipiélago-, avistada por el litoral del septentrión al tiempo del hallazgo geográfico de Fernando de Magallanes en 1520, demoró un siglo en ser apenas algo más conocida y contorneada en su vastedad física. Diferentes circunstancias, a las que no fueron ajenas la tecnología náutica, todavía con mucho de primitiva, y los avatares del clima meridional, hicieron que la misma permaneciera virtualmente marginada de la comprensión progresiva que la ciencia universal fue adquiriendo acerca de las regiones australes de América durante las centurias que siguieron al descubrimiento. Sólo se adelantó sustancialmente en su conocimiento con los resultados ciertamente significativos de las expediciones británicas desarrolladas entre 1826 y 1834, y la francesa de 1882 a 1883.

Pero tal esfuerzo, bien se sabe, se concentró en los sectores geográficos periféricos de Fueguia hacia el septentrión, el occidente y el meridión, y dejó fuera, salvo contados puntos litorales, a la isla grande y a sus habitantes.

Sólo cuando la Magallania manifestó su potencialidad económica a través de la explotación de sus campos esteparios, mediante la crianza ovejera, entrado el cuarto final del siglo XIX, aquel territorio insular pasó a despertar el interés de los colonizadores. Así, luego de hacerse extensas concesiones fundiarias a uno y otro lado de la frontera chileno-argentina, acordada en 1881, siguió la ocupación efectiva con la introducción de ganado, la erección de establecimientos de producción y el poblamiento permanente de gente foránea.

Hasta entonces, excepción hecha de los trabajos de la expedición de la corbeta *Romanche* (1882-1883), uno de los sujetos del interés de la

ciencia universal había sido el de la humanidad fueguina, lo que se había expresado en relatos y registros visuales a través de dibujos y grabados que sólo presentaban una imagen aproximada de la realidad que se quería describir.

Fue, precisamente, la misión científica francesa mencionada la primera que incorporó en su tarea de relevamiento múltiple la técnica ya muy adelantada de la fotografía, con resultado de un *corpus* documental excepcional, de significación invaluable bajo muchos aspectos, por la oportunidad en que se realizó y la virtual pristinidad del territorio sobre la que la misma tuvo desarrollo.

Pero la circunstancia económica antes indicada y referida a la ocupación colonizadora de la isla grande de Tierra del Fuego fue la que dio un impulso notorio a dicho registro, vistas las consecuencias que se derivaron de la presencia foránea, que son bien conocidas, como las acciones predatorias de los sélnam sobre las ovejas, y las consiguientes de represalia por parte de las entidades colonizadoras, que en su desarrollo mostraron creciente brutalidad y determinación hasta permitir configurar, al fin, un virtual genocidio de la población aborigen. Ello contribuyó a despertar el interés de la ciencia universal por el territorio y sus habitantes autóctonos.

Las dramáticas circunstancias en que los mismos comenzaron a ser informados acucieron el interés por su mayor conocimiento y estimularon, en particular, el registro fotográfico, en la certidumbre de que, más temprano que tarde, el mismo asumiría un valor documental testimonial único e irremplazable.

He aquí las razones que explican la presencia de numerosos fotógrafos cuya actividad se desarrolló desde los años finales del siglo XIX hasta, aproximadamente, el primer tercio del siglo XX.

Aunque, es claro, los diferentes autores buscaron representar con objetividad al sujeto (o sujetos) de su interés científico y/o cultural, no es menos cierto que en tal propósito intervinieron, deliberada o involuntariamente, determinados condicionantes de pensamientos y acciones (culturales, sociales, religiosos, estéticos, románticos) que, por lo común, implicaron distorsiones de la realidad que se deseaba registrar. Precisamente, el análisis de los elementos que subyacían en el ánimo de los fotógrafos, y que los llevaron a operar como lo hicieron, es la materia del examen que se realiza

en este libro por diferentes especialistas, quienes en sus estudios monográficos procuran poner de relieve e interpretar, cuando cabe, las motivaciones de los procedimientos empleados en el registro etnográfico y antropológico mediante la técnica fotográfica.

La obra que ha resultado es doblemente valiosa. Primero, por cuanto contribuye con las opiniones de los autores a una mejor comprensión de un proceso de registro fotográfico excepcional dada la desaparición de los pueblos que fueron el sujeto de tal trabajo técnico y, así, a la mejor valorización de los mismos; y segundo, porque su complemento de imágenes fotográficas por sí solo representa un aporte valioso para la información cultural. Luego, porque la calidad de la edición (diseño, diagramación, papel, formato, etc.), es condigna de su enjundioso contenido y porque da al volumen una gran jerarquía como pieza bibliográfica.

Mateo Martinic B.

*LAS COMUNICACIONES A DISTANCIA EN MAGALLANES. Mateo Martinic y Claudio Buratovic. ENTEL- METHANEX. 24x24 cms. 150 Págs. Punta Arenas, 2007.*

Nuevamente tenemos en nuestras manos un tema sobre Magallanes, esta vez, las comunicaciones a distancia y su evolución a lo largo del tiempo, por Mateo Martinic y Claudio Buratovic, un trabajo de 147 páginas editado por Prensa Austral, Punta Arenas, 2007.

Este libro está estructurado en tres grandes partes correspondientes a los tres períodos históricos de la evolución de las comunicaciones en Magallanes. La primera parte trata de las comunicaciones primitivas y elementales donde se pasa revista a las comunicaciones del mundo aborígen hasta la ocupación colonizadora del territorio. La segunda parte aborda la incorporación de tecnologías mecánicas en las comunicaciones a distancia y abarca desde la introducción del telégrafo y el teléfono hasta la telecomunicación visual. La tercera parte dice relación con la modernidad comunicacional y el advenimiento de las comunicaciones satelitales.

El aislamiento ha definido la región magallánica a lo largo de su Historia. La tardía ocupación

del Estrecho obedece precisamente a las dificultades que durante los siglos XVI, XVII y XVIII impidieron el asentamiento colonizador en esos extremos del Imperio. Por entonces la única comunicación posible era marítima, y al principio, una aventura, como los fracasados establecimientos de Sarmiento de Gamboa y los proyectados más tarde y nunca concretados durante el Período Indiano.

No hay pues una región en Chile donde la comunicación haya sido el *leit motiv* de su existencia, como ésta de Magallanes, y a ello se abocan los autores de este libro para estudiar las comunicaciones en el interior y hacia fuera a lo largo del tiempo.

Martinic y Buratovic comienzan con las fogatas y humos, gestos, gritos y faroles indígenas para comunicarse entre sí y con los primeros navegantes europeos. Estos que surcaron esas aguas desde el siglo XVI al XX, usaron ocasionalmente curiosas formas como “servicio postal” muy *sui generis* hasta el establecimiento de la colonia de Magallanes y la formalización de las comunicaciones postales *ad hoc*; luego la *Pacific Steam Navigation Company* (1868) que vinculó regularmente (primero mensual, después quincenal y más tarde semanal) Punta Arenas con Europa y resto de Chile y América, significó entre 1870 y 1871 un ingente número de piezas postales, certificados, cajas, muestras, notas oficiales e impresos (diarios y periódicos), entrados y salidos. Eran los inicios. En 1871 ya estaban vigentes los giros postales, que coexistían con las señales de humo o modo indígena de comunicarse en los distritos marginales de la colonización, y en el mar las banderas y señales acostumbradas en los barcos y en los establecimientos costeros. Y una curiosidad: palomas mensajeras traídas de Inglaterra, utilizadas entre 1899 y 1902.

Si en el tema marítimo abundan las novedades de interés para el historiador, la comunicación terrestre nos introduce en la frontera geográfica de la pampa con los originales correos montados conocidos como estafeteros o valijeros, y los pintorescos cocheros, en fin, “correos de tierra” como también se les llamaba, y luego los “autos-correo” junto con la aparición de los buzones camineros a principios del siglo XX o más propiamente, buzones de estancia.

Entre 1895 y 1898, Punta Arenas incrementó su población pasando de 3.200 a 7.000

habitantes con un alto porcentaje de europeos. Aparece el telégrafo inalámbrico para comunicar el faro Punta Dúngen con Punta Arenas, un cambio radical y moderno que preparó la aparición del telégrafo en la ciudad austral y muy luego se extendió al ámbito rural seguido al poco tiempo de la radiotelegrafía que a principios del siglo XX se proyectó, aunque sin éxito, a Ancud, como tampoco fructificó el intento de comunicar Punta Arenas con Valparaíso en 1905, aunque finalmente concretado en 1914.

Los autores se detienen a presentar el estado de las telecomunicaciones interregionales y mundo exterior entre 1920 y 1950, es decir, después de la apertura del Canal de Panamá, con la consiguiente disminución del tráfico marítimo por la vía austral. Por entonces aumentó la circulación terrestre con automóviles, camiones y buses desde Punta Arenas a Puerto Natales y Río Gallegos, junto con el formal transporte de correspondencia de Correos y Telégrafos, y luego también la sustitución del correo marítimo por la vía aérea, pero además una mejor atención de los centros poblados rurales con agencias y estafetas en Río Seco, Cerro Sombrero y Puerto Edén entre 1965-1970, así como el Servicio Postal Antártico en la base Rodolfo Marsh-Presidente Frei, isla Rey Jorge, cuando Punta Arenas contaba con más de 70.000 habitantes en 1960, preparando el terreno para la irrupción de la telecomunicación visual.

Así se ingresa al tema de nuestros días con la comunicación moderna, el advenimiento del satélite, la automatización telefónica de larga distancia, el papel de la televisión regional comercial, en fin, el internet que puso fin a la época histórica de las cartas y telegramas, aunque no del todo.

Los autores finalizan con una reflexión romántica y otra valórica que les permite hacer un recuento del largo tiempo de la comunicación tradicional y el corto, pero acelerado período actual del sorprendente desarrollo tecnológico en los últimos veinte años, pero despersonalizado y menos formal que el antiguo, en el que eran “más perceptibles el tacto y el corazón”. Al referirse al ordenador personal y al internet, dicen: “puede esperarse que esa necesidad de uso razonable devenga en un hábito de carácter compulsivo que acabe generando una dependencia tecno-comunicacional de consecuencias impredecibles para la sociedad en lo referido a

la libertad del hombre que lleve a poner en duda la certidumbre acerca de si el extraordinario adelanto conseguido es, de verdad, razón de mayor bienestar para los humanos”.

Después de leer este interesante libro nos quedamos agradablemente prendidos en los años de las cartas que no conocían fronteras, cuando la gente de este y el otro lado de la Cordillera se “carteaba” y llevaba los “encargues” a mano entre Punta Arenas y Río Gallegos, en tiempos en que estaban emparentados los de Natales, Chonchi, Esquel o Comodoro Rivadavia vinculados a través de la comunicación personal como en los años cuarenta y cincuenta que dibujan muy bien el cuadro de cómo se vivía y relacionaba la gente en el confín austral.

Un libro novedoso y oportuno, al tiempo que un tema muy poco estudiado en Chile, como son los caminos terrestres y marítimos en el confín del país, así como el correo asociado a ellos, del que tenemos una primera aproximación en el libro de Isidoro Vásquez de Acuña, *Las vías de comunicación y transporte australes (siglo XVI Al XX)*, (Santiago, 1999), y algunas notas que hemos escrito sobre caminos y el correo en Chiloé a principios del siglo XX en *La vida en Chiloé en tiempos del fogón* (Valparaíso, 2002), que ilustran en parte lo que puede significar un tema como el tratado en el libro que comentamos, por la importancia de las comunicaciones en la consolidación del sentido de patria e integración territorial.

Mirado el tema desde ese extremo de Chile y del continente, como es Magallanes, cobra una dimensión distinta toda vez que la propia existencia de aquella región se debe a un temprano sistema de comunicación, todo lo precario que se quiera, pero gracias a ello el extremo austral se fue perfilando en el siglo XIX como futuro asentamiento colonizador. Mateo Martinic conoce muy bien la historia de los navegantes europeos desde el siglo XVI hasta el XIX, y pudo, para este libro, ofrecer al lector noticias desconocidas sobre las primeras formas de comunicación, aunque practicadas antes en otras partes, como el mensaje en botella o el curioso barril amarrado a un árbol, que nos ilustra sobre lo que era navegar por aquellos mares y sentir la soledad antes de la presencia chilena estable en Fuerte Bulnes.

No eran muy distintas las formas de comunicación de los navegantes españoles en la porción

norte del islario magallánico. Las expediciones del siglo XVII, de los jesuitas del XVIII, hasta las militares y de reconocimiento geográfico enviadas por los gobernadores de Chiloé en la segunda mitad del mismo siglo hacia los laberintos australes, temas que Martinic ha estudiado - en cuanto a expediciones y, por lo mismo, con otro objetivo - en su *Historia de la Región Magallánica*, y en *De la Trapananda al Áysen*. Pinturas en el rostro, polvos blancos en el cuerpo, gestos, voces, actitudes indias incomprensibles que forman parte también de los primeros encuentros y de las primeras interpretaciones del hombre blanco sobre lo que querían comunicar los naturales. Este tema, tan poco trabajado por la historiografía, se inscribe en lo que ha aportado George Frederici y Serge Gruzinski para América del siglo XVI y sugiere una veta interesante para los historiadores y particularmente para los antropólogos.

La colonización europea del XIX con la experiencia traída desde el Viejo Mundo explica también la rápida introducción de tecnología comunicacional vigente en Europa para hacer posible los negocios de la naciente economía regional.

Especial interés por la evocación pionera del correo son los pintorescos pasajes relativos los correos-valijeros que recorrían las estancias del interior y Tierra del Fuego, así como los llamativos buzones que decoraban la estepa, cuyo paralelo se hallaría, tal vez, en Australia y en la pampa argentina de la época, todo lo cual resulta más sugerente y atractivo para el historiador que la tercera y última parte del libro referida a la comunicación moderna, que como los autores reconocen, resulta más fría y despersonalizada. Y es cierto, la carta escrita a mano, el sobre, el sello postal, el correo, el buzón y el cartero hablan de una época en que la comunicación se llamaba “correspondencia”, cuando todo llegaba en vapores y el valijero era el personaje importante que distribuía a mano por el interior y conocía a los destinatarios por sus nombres. Desde luego, que además de las reflexiones que el tema sugiere, en este libro hallamos a cada paso datos desconocidos y del todo ausentes en Chile Central: modos locales de comunicación interior, distancias insólitas entre lugares, estancias diseminadas por el paisaje monótono así como entre Punta Arenas y las islas habitadas como Puerto Edén en los años sesenta.

Cuando aparece la radio, ésta se transforma en un vehículo extraordinario de comunicación entre Punta Arenas y los interiores. Algo parecido cumple todavía la radio “Chiloé” de Castro para enviar “mensajes” a las islas del archipiélago y a los coterráneos residentes en la Patagonia. Idéntico papel es el de Punta Arenas en los albores de la radio.

Creemos que no se podría entender la chilenidad de Magallanes sin conocer la evolución de las comunicaciones con el resto del país. Su importancia es a todas luces obvia, pero necesitaba de un estudio específico que diera cuenta del proceso que al mismo tiempo que permite conocer cómo se va integrando esa extrema periferia al ritmo nacional, se advierte que la Magallania no ha perdido su manera específica de vivir esa chilenidad, aún hoy, cuando la moderna comunicación ha reducido todas las distancias y empequeñecido el globo.

Pero me impresiona más la comunicación interna, por más humana y porque nos ilustra sobre la relación de Punta Arenas con su *hinterland* de un modo, al principio, más elemental como era en su etapa de frontera, cuando el mundo de la tierra adentro estaba en proceso de integración. Esto nos recuerda otro de los trabajos de Martinic, el de los hoteles, pensiones y simples refugios que con el título de *La hotelería en el antiguo Magallanes (1870-1950)*, contenido en *Magallania*, Vol. 33 (Punta Arenas, 2005), se ocupa de ese otro modo más personal de comunicarse la gente, “noticiarse” le llamaban, con cierto parecido a las relaciones en los espacios interiores de Estados Unidos de la misma época.

Las fuentes que han servido de base a este estudio reflejan que nada se ha descuidado. Un gran conjunto de documentos para cada una de las tres partes en que se divide el libro dan sustento al estudio y confirman la seriedad que caracteriza la obra de Martinic, ahora con el aporte de Buratovic en su especialidad de ingeniero, que en este caso, suponemos más centrado en la tercera parte relativa a la comunicación moderna.

Desde el punto de vista formal el libro está hermosamente ilustrado: fotografías, dibujos, reproducción de textos de propaganda de los diarios de la época, etc. Las secuencias de ilustraciones resultan tan oportunamente incluidas en cada capítulo que por sí mismas permiten darse cuenta de la

evolución de las comunicaciones. Y algo agradable que queda en la retina: los coloridos buzones de las estancias que gráficamente nos hablan de una época, así como los bolsones de cuero de los carteros, tan bien conservados en el museo magallánico, o los primeros teléfonos, en fin, fotografías de las viejas oficinas que había en Punta Arenas en el siglo XIX y principios del XX.

Un libro agradable de leer porque habla de cómo se construye la vida en esos extremos separados del Chile tradicional por la distancia y las in-

franqueables barreras geográficas. Hay mucho en común en esos territorios que se extienden más allá del Canal de Chacao, y mucho esfuerzo individual, colectivo regional y estatal por formar parte del todo nacional, como en Chiloé y Aysén, sin perder por eso la identidad local.

El caso de Magallanes es elocuente. En su diversidad radica la riqueza del país y eso lo saben bien los autores Martinic y Buratovic.

Rodolfo Urbina Burgos





Este volumen se terminó de  
imprimir en los talleres de La Prensa  
Austral el 30 de Junio de 2008